

La Pàgina



Definitiva

 **Libros**

## El incendio: Alemania bajo los bombardeos

Jörg Friedrich

Este libro cuenta con pelos y señales las características, motivaciones y consecuencias de los bombardeos masivos de los aliados occidentales sobre Alemania en la II Guerra Mundial. La horripilante dimensión de estos bombardeos (más de un millón de muertos, más de mil ciudades o pueblos arrasados, la destrucción de la mayor parte del patrimonio cultural alemán), y sobre todo el ensañamiento en apariencia inexplicable con que se produjeron en los compases finales del conflicto, con Alemania totalmente derrotada, han quedado históricamente solapados por tratarse de un bombardeo Bueno.

Nadie en su sano juicio pondría en duda que los Buenos de esta guerra eran los Aliados, ni siquiera ZP, depositario intelectual y heredero político reconocido de Adolf Hitler. Y nadie discute que, instalados en los parámetros de la Bondad, eran mucho más Buenos los Aliados occidentales, es decir, Gran Bretaña y EE.UU. (bueno, “y Francia”, jeje, LPD humor fácil), que la Unión Soviética.

En estas condiciones, ¿cómo contar las características de estos bombardeos sin que afloren sospechas de que, en realidad, metiéndonos con los Buenos no estamos convirtiendo a los Malos en mejores de lo que son? Porque lamentablemente, a partir del momento en que uno comienza a sumergirse en los pormenores de esta orgía de destrucción desde el aire, los Aliados, como España, dejan de ser unos Aliados “simpáticos”; por eso era necesario que un estudio así fuera llevado a cabo por alguien nada sospechoso de connivencias con el nazismo, como es el caso de Jörg Friedrich, especialista alemán en el Holocausto (y no, no de los revisionistas “en realidad los campos de exterminio eran campos de recreo para los judíos, animalillos”, sino de los serios).

El estudio, por tanto, viene a cubrir de forma eficaz una laguna en la visión de conjunto que comúnmente tenemos de la Segunda Guerra Mundial: el manido tópico de “éxitos de Alemania hasta 1941 y fracaso a partir de entonces” es cuidadosamente verificado con las observaciones de este libro respecto al frente interior, a través de la observación de los daños causados por los bombardeos en Alemania.

Bombardeos curiosamente circunscritos, en cuanto a su carácter masivo, a Gran Bretaña y EE.UU. (pero no crean que el humanismo soviético le impedía llevar a cabo acciones de estas características: para ellos, era mucho más divertido, y más igualitario respecto a la actitud previa de los alemanes, arrasar ciudades con la artillería y luego soltar a los soldados soviéticos, que violaban absolutamente todo lo que se les ponía por delante en repetidas ocasiones), y administrados con un pretendido cientifismo por el staff británico. Porque, si cara a la galería se justificaban los bombardeos por su efectividad para destruir la industria y comunicaciones alemanas, en la práctica lo que se buscaba casi desde un principio era la rendición de Alemania a base de sacrificar población civil. Supera la época metrosexual de Chamberlain, Churchill consideró en repetidas ocasiones que si mostraban fimeza en la guerra con Alemania el conflicto podía acabar antes de lo que se pensaba: y si había que poner sobre la mesa unos cuantos cadáveres civiles para conseguirlo, mejor, más vidas humanas salvadas (ese fue, exactamente,

el argumento que justificaría después el lanzamiento de las dos bombas atómicas sobre Japón).

El problema era que se sobredimensionó la eficacia de los bombardeos. Se pensaba que con tirar unos cuantos miles de toneladas de bombas sobre una ciudad las cifras de muertos serían suficientemente impresionantes como para postrar a Alemania. Sin embargo, los primeros bombardeos, que se llevaban a cabo sin orden ni concierto, fueron enormemente decepcionantes: la capacidad del alemán medio para sustraerse a su destino (morir “para conseguir la paz”) era irritante, y además antieconómica (el sistema soviético no sólo era más eficaz y mucho más desmoralizante, sino también más barato). La eficacia de los bombardeos contra objetivos industriales, por otra parte, se vio fuertemente paliada por las dificultades para atinar con objetivos a fin de cuentas pequeños y por la estrategia de deslocalización de la producción llevada a cabo por Albert Speer, el arquitecto favorito de Hitler y ministro de Armamento. Aquello era un desastre en el que morían casi más soldados británicos derribados que civiles alemanes.

Así que, en una segunda fase, se buscaron bombardeos “científicos”, cuidadosamente articulados, sobre objetivos mucho más grandes, en una secuencia que cada vez primaba en mayor medida las bombas incendiarias sobre las explosivas, pues estas últimas armaban mucho escándalo pero matar, lo que se dice matar, no mataban apenas. En primer lugar, los bombarderos, convenientemente escoltados por cazas (pese a lo cual las pérdidas derivadas del fuego antiaéreo y los cazas alemanes fueron enormes, sobre todo, obviamente, al principio), se ubicaban en el cielo merced a una ordenación cuidadosamente planificada, que asegurase que las bombas cayeran donde tenían que caer, y en el orden preciso. A continuación, se iluminaba el panorama con bengalas para no errar el tiro, y finalmente, por riguroso orden, se arrojaban las bombas.

La idea era bombardear primero los edificios con bombas explosivas (las famosas “bombas revientamanzanas”), pero no tanto para destruir o matar, sino para abrirles un hueco a las bombas incendiarias, que caían en número a veces superior al de los habitantes de la zona objetivo del bombardeo, y que resultaban extraordinariamente eficaces en el interior de los edificios. Se privilegiaba el centro de las ciudades, con calles angostas y estructuras fácilmente combustibles, que, si se articulaba con criterio el bombardeo, se convertía en pocos minutos en una gigantesca chimenea donde el fuego arrasaba absolutamente con todo. Para asegurar, por último, que los bomberos, obviamente desbordados, no fueran capaces de extinguir a tiempo los focos del incendio, se completaba la función con bombas de explosión retardada, eficaces para mantener alejados del fuego a los bomberos en estos momentos cruciales.

Al final, aquello era una preciosidad, una hoguera perfecta donde la gente moría que daba gusto, y que convirtió a las ciudades alemanas, no sólo su industria ni sus comunicaciones, en ciudades fantasma que harían el sueño de cualquier promotor inmobiliario. En los bombardeos más atinados, como el de Hamburgo, murieron 40.000 personas, unas cifras indudablemente exitosas que, sin embargo, no servirían de mucho desde la perspectiva de acabar cuanto antes con la guerra: de eso, de que la guerra durase mucho más de lo lógico desde la perspectiva de la estrategia militar, ya se encargaría la megalomanía sádica del fñhrer. Pero entonces, ¿cómo se explica que los bombardeos contra población civil no sólo no remitieran, sino que aumentaran y se volvieran cada vez más indiscriminados, en los últimos meses de la guerra? ¿Para facilitar la labor posterior de las tropas de ocupación?

El libro es extraordinariamente prolijo en detalles, quizás demasiado. Pero, como decíamos al principio, arroja luz sobre uno de los aspectos menos estudiados de la II Guerra Mundial y además sirve para mancillar el impoluto historial de algunos de los Buenos, sobre todo los británicos, y en particular Winston Churchill, su máximo dirigente. Porque si puede ser comprensible que se busquen represalias contra la población civil en los momentos en los que la Alemania nazi mostraba su capacidad para atacar a la población civil británica, y sobre todo su absoluta falta de escrúpulos para hacerlo, uno no acaba de entender qué justificación militar puede tener la orgía destructiva de la temporada de bombardeos 44 – 45. La jodida proclividad de los productos culturales para ser pasto del fuego otorgó a la masacre humana la dimensión añadida, además, de catástrofe cultural, destruyendo monumentos artísticos con un entusiasmo que ni la Unión Soviética en su territorio, y quemando libros a un ritmo que habría sido el sueño perverso del propio fñhrer.

[Guillermo López](#)

<http://www.lapaginadefinitiva.com/dblibros/90>